

EDUCACIÓN, TIEMPO Y MISTERIO

Por Ángela García de Bertolacci¹

Agradezco esta invitación a participar de las Jornadas de Homenaje a Emilio Komar. Lo hago con el más profundo agradecimiento y admiración al maestro y profesor inolvidable. En los momentos de mi formación universitaria sus lecciones fueron un centro y una luz prolongados hasta hoy en todos mis proyectos de investigación y docencia. También sus cursos y seminarios, que cada año esperábamos ansiosos; los encuentros formales en las aulas, y los informales en el bar y en los pasillos. En su cátedra de Historia de la Filosofía Moderna recibimos una visión de la historia de la Filosofía viva y motivadora, luminosa para toda la carrera. Con él cursé también el Seminario que sobre Fichte dictó en nuestra Facultad de Filosofía y Letras; culminé con una de mis dos Tesis de Licenciatura titulada “El concepto de libertad en Fichte”. Me complace compartir con ustedes lo que él expresó en su dedicatoria en mi ejemplar, que conservo como una joya, al aparecer su obra *Orden y Misterio*, en 1996: “A la Sra. Betty, en la perfecta consonancia de las ideas y de las experiencias. Con afecto de siempre”.

A continuación traeré a ustedes con profundo gozo la ponencia que el Doctor Komar presentó en el Tercer Congreso de Educación Católica, el 30 de agosto de 1979, con el título *Fe y Cultura*. Publicada en CONSUDEC en octubre de 1979, reproducida en “Educar con el Pueblo dentro de su Cultura”,

¹ Doctora en Filosofía, Universidad de Navarra, España. Licenciada y Profesora en Filosofía, UCA Profesora Titular Ordinaria cátedra Antropología Filosófica, Facultad Filosofía y Letras, Facultad Psicología y Facultad Ciencias Económicas, UCA. Profesora con Dedicación Especial, Facultad Filosofía y Letras, UCA. Profesora Titular cátedra Concepción filosófica y teológica del hombre, Maestría en Ética Social. Centro de Investigaciones Fundación Aletheia, Argentina. Patrocinio Pontificium Consilium de Cultura, Vaticano. Profesora Emérita, Pontificia Universidad Católica Argentina Santa María de los Buenos Aires, desde el 23 de octubre de 2015.

Docencia 1986 y en *Orden y Misterio*, co-edición Fraternitas-Emecé. Tal vez muchos de ustedes conserven aquella impactante imagen al finalizar la exposición: el Teatro General San Martín colmado, especialmente docentes, aplaudiendo y ovacionando de pié, durante minutos. ¿Qué había explicado el maestro? Lo mismo, lo esencial y lo nuevo. Lo mismo, lo esencial fue un amplio comentario-meditación sobre el artículo 41 del Documento de la Iglesia “La Escuela Católica”², que dice: “El maestro preparado en la propia disciplina, y dotado además la sabiduría cristiana”; quiere decir –explicó el profesor- “no sólo especialista en su materia, sino también hombre formado sapiencialmente”. No se trata de una simple suma o yuxtaposición de los dos saberes sino de una profunda convergencia entre ambos. Después se dice que “el maestro preparado y dotado de sabiduría cristiana transmite al alumno el sentido profundo de lo mismo que enseña”...trascendiendo las palabras conduce al alumno al “corazón de la verdad total”. El camino a la verdad total pasa por la transmisión del sentido profundo de lo que se enseña. El sentido de las cosas es la semilla del Verbo, como expresaba Santo Tomás de Aquino – “Cierta sello del pensamiento divino impreso en las cosas”-. Es que el sentido de las cosas participa del Logos divino, el Verbo de Dios. En el número 43 del mismo documento se agrega: “Gracias a la armonía orgánica de fe y vida en la persona de los educadores.”

Si observamos el título *Fe y Cultura* de esta Conferencia nos ubicamos en el núcleo de las enseñanzas del profesor: lo mismo, lo esencial y lo nuevo; Dios, el hombre y la cultura. Con Santo Tomás de Aquino y Josef Pieper expresaba así la imagen cristiana del hombre, centrado en la fe. ¿Quién es el cristiano?, preguntaba. Es un hombre que participa por la fe de la realidad del Dios Trino. Se dirige por la esperanza hacia la plenitud definitiva de su ser en la vida eterna. Por la caridad el cristiano se orienta a Dios y al prójimo. Es prudente, justo, fuerte, moderado. Está dirigido existencialmente a la plenitud de su esencia, a la perfección de su ser, en el orden natural y en el

² Sagrada Congregación para la Educación Católica (1977) *La Escuela Católica*, Buenos Aires, Conferencia Episcopal y Consejo Superior Educación Católica.

orden sobrenatural. Jesucristo es el centro; el camino y el instrumento es la educación.

a. Fe y Cultura

Preguntaba también qué es cultura. Es un término que denota la acción de cultivar; en primer término, el hombre a sí mismo, como cuidado, atención, enriquecimiento, sabiduría íntima y también se expresa hacia afuera. Requiere descubrimiento y cultivo de la interioridad, aprendizaje y formación. Es la educación, en la que acontece la transmisión de la sabiduría y hace posible la manifestación y creación de un mundo objetivo que supera lo natural-biológico, trascendiéndolo: ciencia, tecnología, arte, trabajo, lenguaje, relaciones interpersonales, acciones simbólicas, creaciones estéticas, inspirados en las verdades, los valores, los fines que el hombre contempla en su intimidad. Al proceso de socialización primaria que acontece en la familia sigue la formación de la personalidad como la necesidad y la posibilidad que el hombre tiene para aprender a ser hombre: dirigirse a uno mismo y lograr la armonía del alma mediante la educación moral y religiosa. No sólo conocimientos sino modelos y valores, alcanzando perfección mediante el cultivo de las virtudes intelectuales y morales, y la transmisión de la cultura, entendida como transmisión de valores y actitudes vitales mediante una privilegiada relación: la amistad y la confianza, el amor y el diálogo entre el maestro y el discípulo. En la universidad, insistía el Doctor Komar, se asiste hoy a la fragmentación y especialización de los saberes, de la ciencia y la profesión. La clave está en la sabiduría y el arte de educar: está en la integración de los saberes y en la excelencia en las relaciones maestro-discípulo.

Hay una exterioridad sociológica de la cultura, pero lo esencial y el brotar de la cultura, está en la interioridad. Aquí, en la armonía de fe y vida acontece la educación, en la relación y en la persona del maestro y del discípulo. El maestro preparado y dotado de la sabiduría cristiana, dice el Documento, transmite al alumno el sentido profundo de lo mismo que enseña;

se trata de la verdad o razón honda de las cosas, las cuales participan del sentido o Logos intrínseco, Logos divino. Sentido unido al valor de las cosas, a su sabor. La sabiduría es *sapientia*, es *sápida scientia*; no fría y conceptual. Santo Tomás decía que la cosa natural está constituida entre dos intelectos (I, 2), el intelecto creador y el intelecto humano; incluye también lo afectivo puesto que toda cosa conocida despierta un amor, es amable. También en el ámbito de lo bello y de lo técnico. Al respecto, en *Orden y Misterio*, págs. 128 y 129, el profesor cita varios artículos del Concilio Vaticano II en su *Constitución Apostólica Gaudium et Spes*: “El que con humildad y confianza intenta escrutar los secretos de las cosas, es guiado, sin saberlo, por la mano de Dios, quien al conservar todas las cosas, hace que sean lo que son.” (art. 36). “...el hombre puede y debe amar las cosas creadas por Dios y las ve como brotando siempre de su mano; por eso las respeta” (art. 39). “...la inteligencia no se limita a los fenómenos solos, sino que es capaz de llegar con verdadera certeza a la realidad inteligible...” (art. 15). “La creatura sin el Creador desaparece. Por lo demás, todos los creyentes de cualquier religión han oído siempre en el lenguaje de las creaturas la voz y la manifestación de Dios; cuando se lo olvida, la creatura queda en tinieblas” (art. 36). En la Biblia, el oscurecimiento del intelecto se llama estupidez, que no es defecto en el razonar sino en la visión. Se trata de la incapacidad de ver el sentido o esencia de las cosas. También se afectan la voluntad y los sentimientos; en lo profundo, se condiciona la libertad.

Intelligere viene de *intus legere*, explicaba; esto es, “leer dentro, leer en hondura.” Esto no es privilegio de nadie ni de las investigaciones y otras actividades universitarias. Cita el Documento de Puebla, que refiriéndose a la cultura popular, expresa: “Esta cultura impregnada de fe y con frecuencia sin una conveniente catequesis, se manifiesta en las actitudes propias de la religión de nuestro pueblo, penetradas de *hondo sentido de trascendencia*, y a la vez, de la *cercanía de Dios*. Se traduce en una “sabiduría popular con rasgos contemplativos que orienta el modo peculiar como nuestros hombres viven su relación con la naturaleza y con los demás hombres; en su sentido del trabajo y las fiestas, de la solidaridad, de la amistad y el parentesco”.

También en el sentido de su propia dignidad que no ven disminuida por su vida pobre y sencilla” (art. 413). “Es una cultura que, conservada de un modo más vivo y articulador de toda la existencia en los sectores pobres, está particularmente sellada por el corazón y su intuición” (art.414).

En el mismo documento, el Doctor Komar destaca el término bíblico y agustiniense *corazón* como *intellectus* entendido en tanto es una capacidad simple de captar el sentido de las cosas (en griego, *nus*) y la correspondiente respuesta afectiva, *la voluntas ut intellectus* (en griego, *thelesis*). No es potencia irracional, sino que, como dijo Pascal, “el corazón tiene razones que la razón no conoce”. El corazón es órgano de profundidad, de discernimiento, de crítica, de opciones; “la punta fina del alma”, definió San Francisco de Sales. Desde esta interioridad y hacia la interioridad del discípulo, han de brotar y penetrar las verdades que se comunican. Verdadera conversión, verdadero cambio en que consiste la educación: descubierto el sentido, aparece la fuerza atractiva del valor, hacia el cual la voluntad se mueve. Cita a Santo Tomás y a Edith Stein. En *De Divinis Nominibus*³, (439), se expresa que “al corazón abierto a lo real no le faltarán energías afectivas y volitivas; por eso, el corazón resulta ser también sede de la vida fuerte⁴”. Cita también a Edith Stein: “Cada sentido comprendido exige una actitud correspondiente y tiene a su vez la fuerza que mueve a actuar en conformidad. Nosotros llamamos *motivación* a este “poner en movimiento” del alma, en el que algo colmado de sentido y fuerza nos lleva hacia una conducta a su vez llena de sentido y fuerza. De esta manera se hace de nuevo patente hasta qué punto en la vida espiritual están unidos el sentido y el vigor⁵”. Nuevamente cita el Documento de Puebla: “Lo que importa es evangelizar no de una manera decorativa, como barniz superficial, sino de manera vital en profundidad, y hasta sus mismas raíces la cultura y las culturas del hombre (art. 384); *Evangelii Nuntiandi*, 19-20. “En el cuadro de esta totalidad, la evangelización busca alcanzar la raíz de la cultura, la zona de los valores fundamentales,

³ Santo Tomás, *De Divinis Nominibus*, 439.

⁴ Komar, E., *Orden y Misterio*, Rosario: Coedición Fraternitas-Emecé 1996, p. 131.

⁵ Stein, Edith, *Ewiges und endliches Sein*, Herder, 1950, p. 403. En Komar, E., *Orden y Misterio* p.131.

suscitando una conversión que pueda ser base y garantía de la transformación de las estructuras”, (art.388); *Evangelii Nuntiandi*, 18.

El maestro conduce al alumno “al corazón de la verdad total” con energías afectivas y volitivas, si es que está preparado, y dotado de la sabiduría cristiana. Lo hará con entusiasmo, participación cordial y con rectitud del corazón. En realidad, no sólo la educación sino la vida espiritual toda, consiste en que las cosas sean medios para conducirnos a Dios. La visión insípida y superficial es fáctica y utilitaria, insistía; niega los valores de las cosas en sí, transformándolas en obstáculos entre Dios y nosotros. Es el proyecto de amplias corrientes del pensamiento de los últimos siglos, desde el Iluminismo del Siglo XVIII hasta el Neopositivismo actual. Se organiza la vida y la cultura según el alcance de los sentidos y de la razón lógico-matemática, el intelecto y el corazón no tienen lugar; vagos y confusos, no son controlables, destaca recogiendo expresiones de Ludovico Geymonat, profesor neopositivista de Milán⁶. Inmediatamente cita a Hegel, a quien le repugnaba limitar el saber a lo sensitivamente verificable⁷. Otro rasgo en la cultura de hoy es el Actualismo; no existe la verdad sino la «vigencia social», con expresión de Ortega y Gasset. Convencionalismos, sin espíritu crítico, sin discernimiento; se va transformando en agresividad, al servicio de lo fáctico y de las modas. Insiste el Doctor Komar en que la exigencia del sentido profundo y de la actitud sapiencial implica una actitud crítica, propia del corazón que, además de ser órgano de las expresiones profundas es órgano de discernimiento. Recoge la tesis de San Agustín sobre el amor que discierne bien, es crítico y la permanente actitud de la Iglesia que denuncia y corrige, purifica y exorciza los disvalores presentes en las culturas.

⁶ Geymonat, Ludovico, *Studi per un nuovo razionalismo*, Torino: Chiantore, p.206 y 261. En Komar, E., *Orden y Misterio*, p.133

⁷ Hegel, G., *Werlae*, VIII, p.35. En Komar, *Orden y Misterio* p.133

b. Cultura e Interioridad

“La guardiana de la cultura es la interioridad”, expresa el Doctor Komar⁸. Profundiza recogiendo conceptos de San Juan Pablo II, San Agustín y Hegel. De San Juan Pablo II recoge conceptos de su alocución en Gniezno, el 3 de junio de 1979: “La cultura es la expresión del hombre, es la confirmación de la humanidad. El hombre la crea y, mediante ella, el hombre se crea a sí mismo. Se crea a sí mismo con el *esfuerzo interior del espíritu*, del pensamiento, de la voluntad, del corazón. Y al mismo tiempo, crea la cultura en *comunión con los otros*. La cultura es la expresión de los hombres que se comunican, piensan juntos, colaboran entre sí. Nace del *servicio al bien común* y se convierte en *bien esencial de las comunidades humanas*”. De San Agustín, en su *De vera religione*, 39, 72: “No vayas afuera. Vuelve a ti mismo: en el interior del hombre habita la verdad”. Insiste en que en la interioridad no cabe la mentira; ésta aparece en la vida social y en la cultura cuando carece del respaldo de la interioridad. De Hegel destaca, en su *Fenomenología del Espíritu*⁹, el engaño y la falsedad de la cultura cuando no se funda en la verdad de las cosas.

Explicita a continuación tres enseñanzas evangélicas orientadoras para la actividad educativa: “El Trigo y la Cizaña” (Mt. 13, 24-30); “Los enemigos del hombre” son sus allegados (Mt. 10, 36); “Los fariseos” (Mt. 13, 23, 13-23). Las apariencias engañan: por eso, la mera adhesión exterior, o la mera apariencia externa nos alejan de lo profundo del corazón; nos dejan en formalidades y fariseísmo. Se requiere penetrar en la interioridad y no juzgar según las apariencias; en toda la vida espiritual, incluyendo la cultura y la enseñanza. En este ámbito, conformarse con la organización, los métodos, las técnicas, las planificaciones carentes de auténticos contenidos intelectuales, con ausencia de lo que propiamente hay que transmitir, confunde con vaguedades o errores.

⁸ Komar, E., *Orden y misterio*, p, 135

⁹ Hegel, *Fenomenología del Espíritu*, Fondo de Cultura Económica, p. 308 En Komar, *Orden y Misterio*, p.136

c. La encarnación de los valores

En 1981, dos años después de la ponencia que estamos analizando, expuso en Buenos Aires, en el Congreso Iberoamericano de Educación, con el título “Encarnación de los valores”. No puedo dejar de destacar aquí algunos de sus núcleos tan valiosos y orientadores para los educadores de hoy. Distingue en los valores dos aspectos que encierran una doble exigencia: el aspecto energético y el aspecto de encarnación. Con respecto al aspecto energético recoge el concepto de Louis Lavelle en su *Traité des valeurs*: “El valor es lo que rompe nuestra indiferencia”¹⁰. Cita también a Edith Stein: “La vida espiritual de la persona está incluida orgánicamente en un gran conjunto de sentidos (Sinnzusammenhang), que es, a su vez, un conjunto de vigencias (Wirkungszusammenhang): cada sentido comprendido exige una actitud correspondiente y tiene a su vez la fuerza que mueve a actuar en conformidad”¹¹. Lo valioso vale por su propio peso, en sí; no como un medio en vista de otro. Cuando el valor entra en el estilo de vida de las personas, cargados de energía, encarnados, *como carne y sangre, entonces los valores son encarnados*. Y nuevamente cita a Edith Stein: “El punto de llegada de la tarea formativa es precisamente la encarnación”¹². Menciona también a Erich Fromm, quien en *El miedo a la libertad* ha destacado la ambivalencia que se produce en la personalidad profunda cuando algo es asumido en parte y a la vez, resiste y traba; o cuando los valores son asumidos sólo por compromiso social o por moda. ¿Qué vemos hoy? Se enuncian, se aceptan, se comentan, pero no son encarnados, saturando y desapareciendo; así, ocurre con el diálogo, la madurez, la vitalidad, la vida intelectual. O se los quiere imprimir o estampar en la mentalidad de la gente, mediante los medios de comunicación o adoctrinamiento, cambiantes; o manipulación como control y dominio. No arrastran el alma, no son propiamente valores. Por el contrario, abrirse y acoger los valores y el sentido de las cosas implica vivir en la

¹⁰ Lavelle, L, *Traité des Valeurs*, París, P.U.F., 1951, p. 3, En Komar, *Orden y Misterio*, p. 149

¹¹ Stein, E., *Endliches und ewiges Sein*, p.403. En Komar, *Orden y Misterio*, p.131

¹² Stein, E, *Endliches und ewiges Sein*, p. 402. En Komar, E. *Orden y Misterio* p.150

perspectiva, no del dominio, sino del corazón, de la dulzura que significa afabilidad, bondad, docilidad. Con expresiones de Edith Stein: “En la educación, en la formación del alma del hombre entero, obra todo aquello que ha sido asumido en el interior del alma”¹³. En realidad, se trata de la soberanía íntima de la subjetividad personal, de la dignidad del hombre, su valor absoluto. No puede ser reducido a instrumento, a ninguno de sus elementos ni a sus relaciones. Es centro del mundo, “*imago Dei*”, creatura del Dios trascendente. El fundamento de su seguridad personal, libre con responsabilidad, libre de angustias y de adhesiones externas, está en la experiencia interior de su propia dignidad: en el tiempo y en el misterio, lo eterno. Este modo de ser es un hecho y a la vez es una exigencia de su misma naturaleza. Así, la educación del hombre es una natural y espontánea posibilidad y a la vez una tarea. Lleva al acabamiento o perfección de lo propio de cada uno. El proceso de encarnación de los valores, explicaba, se inscribe como proceso perfectivo en la unidad sustancial del alma y del cuerpo, impregnado de la luz del intelecto, con naturalidad y en libertad, como hábito formado en una segunda naturaleza, *carne y sangre*. Lo arduo por el hábito se vuelve natural; el hábito es el fruto de la encarnación del valor. Los hábitos intelectuales o morales se desarrollan en un devenir continuo y ordenado. En la unidad del presente van plenificando dinámicamente la personalidad, siguiendo el orden presente en la naturaleza humana. En *La vitalidad intelectual* se lee: “El hábito, como *natura naturans* no es sólo una segunda naturaleza en el sentido de *naturata*, es también una segunda naturaleza *naturans*, es decir una segunda fuente de vivificación. De este modo retomamos la tesis antes desarrollada acerca de que es necesario aumentar la *natura naturans* y así se aumenta la *natura naturata*”¹⁴. Así, el mejor maestro es el que mejor obedece al orden natural, real; el que mejor crea, produce y hace crecer, ayuda al discípulo a perfeccionarse. Siguiendo a Santo Tomás, destaca que la estructura dialogal de la realidad se sitúa entre la inteligencia de Dios que la creó y la inteligencia del hombre que puede llegar a conocerla. Toda cosa está también constituida entre dos voluntades, entre

¹³ Stein, E (1950). En Komar, E, *Orden y Misterio*. p.154

¹⁴ Komar, E. *La vitalidad intelectual*. Buenos Aires: Sabiduría Cristiana, 2000, p. 35

dos corazones. El amor también tiene estructura dialógica y produce un dinamismo unitivo: lo real es revelación de un ser personal a las personas humanas, y éstas, contemplando las cosas, son capaces de descubrir a Dios y amarlo, y son capaces de simpatía entre ellos. Sobre el sentido del ser leemos en *La vitalidad intelectual*: “El espíritu de verdad supone el sentido del ser. La verdad como *adaecutio*, adecuación, implica el sentido del ser, en tanto conciencia de la infinita posibilidad de adecuación... El conocimiento es una amistad, infinitamente perfectible”¹⁵. Y continúa diciendo: “Nuestra libertad no consiste en crear de la nada una corriente de voluntad y de poder, sino en escrutar los distintos estímulos que recibimos y elegir entre ellos, dando primacía a lo más valioso, a lo más recto. La educación de la voluntad no debe limitarse a la voluntad deliberada, sino que debe atender también al primer movimiento espontáneo de la voluntad, a su poder ser atraída por el valor de las cosas. Las buenas decisiones no arrancan de la nada, sino de la atracción de los valores, de la repercusión del ser sobre nuestra afectividad. Cuando el hombre se cierra a lo real, destruye la atracción de los valores que es la verdadera fuente de la vida afectiva”¹⁶. Y por eso, el maestro es autoridad, orienta en la perfección y ayuda y guía en el crecimiento. Concluimos con palabras que seguimos escuchando: “Por esta ancha puerta de la apertura a lo real, por esta “dulzura del acogimiento” pueden penetrar los valores hasta el corazón, ser libremente asumidos y vividos haciéndose “carne y sangre”, signo inconfundible de una poderosa unidad del ser personal”¹⁷. En esta luz ¿cómo ver hoy los métodos y las técnicas en la actividad educativa? ¿Cuál es su verdad ontológica? Son medios, como expresó Aristóteles en su *Ética*¹⁸ y comentó Santo Tomás¹⁹. Alude a Jacques Maritain en *Arte y Escolástica* y precisa: “...asistimos hoy quizás no tanto a la “invasión” como a la “inflación” de técnicas y métodos que inflándose pierden su consistencia y su verdad, complicando infernalmente la vida y alejándonos de la verdad de las cosas”²⁰. Los instrumentos, como las organizaciones y los sistemas requieren ser

¹⁵ Komar, E., *La vitalidad intelectual*, p. 45

¹⁶ Komar, E., *La vitalidad intelectual*, p. 46 y 47

¹⁷ Komar, E., *Orden y Misterio*, p. 159-160

¹⁸ Aristóteles, *Ética a Nicómaco*, 1112 b 16

¹⁹ Santo Tomás, *Comentario Ética a Nicómaco*, art. 474

²⁰ Komar, E., *Orden y Misterio*, p. 160. Notas 36 y 38.

vivificados por el espíritu: sentido, penetración, vitalidad. “Tal es el corazón abierto al orden de los valores, que lo mueven y lo hacen vivir. Dice el Eclesiástico: la alegría del corazón es la vida del hombre”²¹. Insiste al respecto, inspirado en Dionisio y en Santo Tomás: “la voluntad del hombre no mueve a sí misma en sí misma sino es movida por las cosas. Es movida por el bien ínsito en ellas, es movida por los valores”.

¿Encarnación de los valores? El Doctor Komar nos regaló, con su palabra y su vida, una convicción: educar no es sólo enseñar contenidos sino motivar y orientar hacia una forma de ser y estar en el mundo. En el conocimiento de la esencia y su contemplación y asombro está la riqueza y la energía de la vida intelectual; y desde aquí, la ratio y los apetitos, sea la voluntad simple, inicial o la deliberada hacia múltiples medios. En todos los niveles de educación el discípulo ha de “experimentar el impacto ontológico de las cosas mismas... la falta de contacto con el orden real es un peligro que acecha a todo saber, del que no se escapa ni la filosofía, ni la teología, ni la literatura, ni las disciplinas artísticas”²². “La formación es esencialmente formación de hábitos”²³. Son disposiciones que se adquieren con entrenamiento y continuidad; pertenecen al orden de los accidentes. “Se adquiere una segunda naturaleza, no meras metodologías o estrategias, o aridez burocrática... El carácter dinámico de los hábitos les viene dado de la plasticidad del espíritu”²⁴. Se inscriben en la naturaleza humana, casi en la misma esencia del hombre. Asumido íntegramente por la persona, hace que ésta obre –como decía Platón- con toda el alma. Y por lo tanto acompañada también por la pasión. En este contexto debiera ubicarse hoy el derecho a la educación y a la cultura: es la expansión perfectiva de la naturaleza humana, se identifica con la más íntima vocación del hombre. Es pues, un derecho natural. Alude a Edith Stein quien en *Ser finito y Ser eterno*²⁵, insiste en que el espíritu es sentido y vida; vida llena de

²¹ Eclesiástico 30, 22

²² Komar, E., *Modernidad y Posmodernidad*. Buenos Aires: Sabiduría Cristiana, 2006, p. 46

²³ Komar, E., *La vitalidad intelectual*, p.22

²⁴ Komar, E., *La vitalidad intelectual*, p.30

²⁵ Stein, E. *Ewiges und endliches Sein*, p. 350

sentido; y comenta: “la vida humana es principalmente vida espiritual, vida en el *nous* y en el amor”²⁶.

El racionalismo moderno elimina la afectividad; es pensamiento inmanentista centrado en la abstracción y consiguiente despersonalización. Destruye el amor personal e inclina al vacío y a la frustración. También la ciencia hoy es un discurso o un proyecto, o una narrativa. “Defino lo posmoderno como la incredulidad hacia las meta-narrativas”, palabras de Lyotard, que el Profesor Komar destaca. Los hábitos intelectuales o morales se desarrollan en un devenir continuo y ordenado. En la unidad del presente van plenificando dinámicamente la personalidad, siguiendo el orden en la naturaleza humana.

d. Tiempo y misterio

En *El tiempo y la eternidad* (p. 18), leemos: “La temporalidad no es nada más que la dilución periférica de algo central, infinitamente más consistente: la eternidad”. La formación nos capacita para descubrir, en nuestra existencia temporal, lo profundo en la presencia de algo, entrar adentro, que es acto típico de la inteligencia. Lo mismo en la decisión de la voluntad asumimos nuestra responsabilidad, entramos en la auténtica realidad personal, y ésta se nos revela como temporal, junto a la temporalidad de los otros. “La presencia al tiempo –escribió– es esencialmente teórica, el contemplativo descubre el sentido del tiempo, y el acto está bien orientado cuando su actividad es lúcida”²⁷. Citando a Marcel De Corte insiste: “Sin educación y sin solidaridad del presente con el pasado, no hay moralidad posible. El hombre no es moral y no tiene buenas costumbres sino en la medida en que, consciente o inconscientemente, se vuelve hacia la historia y se presta a sus enseñanzas”²⁸. Y en la primera de las Conclusiones de esta obra *El tiempo humano*, ya mencionada, leemos: “El presente, el pasado y el futuro se hacen presente, pasado y futuro humanos sólo cuando el hombre lo asume y lo

²⁶ Komar, E., *La vitalidad intelectual*. p. 10.

²⁷ Komar, E., *El tiempo humano, Lecciones de Antropología Filosófica 1966*, Buenos Aires: Sabiduría Cristiana, 2003, p. 39

²⁸ De Corte, M., *Philosophie des meurs contemporaines*, p 67. En Komar, *El tiempo humano*. p.169.

afronta”²⁹. Apreciamos aquí la visión integral de nuestro querido maestro: Antropología, Metafísica y Teología de la vida humana en la que se conjugan fe y cultura, tiempo y eternidad; orden y misterio. Insistía, es precisamente el misterio el claro – oscuro intelectual, la inagotabilidad del ser, su *espesura*, el que permite la calma contemplativa, la expansión del espíritu que va «adentro» y no se desliza «a lo largo» de las cosas³⁰. En educación se trata de descubrir en la vida cotidiana su profundidad y su posibilidad de trascendencia, transfiguración y misterio: “Es necesario que la eternidad tenga un eco profundo en la existencia. Es una observación no metafísica sino psicológica: cómo entender, cómo imaginarse la eternidad... La verdad es que Dios es trascendente, pero es también inmanente al mundo”³¹. La ubicaba como una experiencia humana clave, experiencia que necesita de una posesión espiritual y eterna – con palabras de Louis Lavelle – “El amor como expansión del tiempo y pasaje a la eternidad”³². Se trata de enseñar y aprender a amar. La tarea del maestro consiste en lo que Santo Tomás expresó acerca de que enseñar es *contemplata tradere* transmitir lo contemplado. La misma actitud, recibir lo contemplado, se exige al alumno: *contemplata recipere*. Se exige una cierta *autoritas* en el que enseña y capacidad para aprender a ayudar y aportar al modo de ser del discípulo. Con nuestro maestro tuvimos esta experiencia: la realización de los actos propios del amor; no el mero hábito de ciencia, sino la educación como actividad moral y arte de educar. Y en cuanto a la situación de nuestra cultura, nos orientó para descubrir que la formación religiosa y teológica es un privilegiado camino para la superación del naturalismo, del relativismo y del nihilismo. Nos motivaba para la confrontación y la cercanía a la cultura contemporánea, con visión integral y realista desde el interior de esta misma cultura; las diversas disciplinas académicas en diálogo no sólo interdisciplinario sino también entre la fe y la razón, alcanzando las cuestiones éticas y teológicas.

²⁹ Komar, E. *Tiempo humano. Lecciones de Antropología Filosófica*, p. 176

³⁰ Komar, E. *Orden y misterio*, p. 24

³¹ Komar, E., *Tiempo y Eternidad*, Buenos Aires: Sabiduría Cristiana, 2003, p. 28

³² Lavelle, L. *La conscience de soi*, París: Grasset, 1933, p. 214-216, 252

Reflexiones finales:

1. Como ocurría en presencia, la palabra de nuestro profesor nos motiva y orienta. Su misma inquietud sigue siendo hoy la nuestra. ¿Aprender y enseñar en el Siglo XXI? ¿Qué responde? Lo mismo, lo esencial y lo nuevo.

Este perfeccionamiento es un proceso que se define por su término o fin. La educación es una actividad y un proceso; mas significa también eso ya alcanzado, a la manera de un logro o realización que, como hábito, queda en el sujeto. En la educación acontece una configuración psicológica y moral de la personalidad que hace posible la conducta lo más adecuada a la naturaleza intelectual propia del ser de cada persona concreta. Este es el “estado de virtud” y constituye el fin de la educación. En este sentido, la educación es un medio para la perfección de las operaciones o actividades o conductas humanas, desde la interioridad personal.

Emilio Komar comprendió, vivió y enseñó que la vida espiritual integral y la perfección de la vida cristiana suponen el desarrollo de la naturaleza humana perfeccionada en lo natural y en lo sobrenatural. También hoy, en la cultura occidental, más allá de su profunda crisis; es el camino para un desarrollo humano auténtico basado no solo en teorías, doctrinas e ideologías, sino también como vidas de cristianos santos, arraigados en la tradición de la vida cristiana. Es condición de esta posibilidad, a la vez, la unidad total de la persona, que deriva de su condición de reflejo – imagen de la infinitud de las Personas Divinas y las constitutivas relaciones trinitarias. Se da en la vida subjetiva, individual, personal. Sin embargo, es experiencia de Dios, por lo cual comporta el encuentro de las subjetividades personales en la riqueza infinita del Amor, la apertura a la actividad y necesidades en el mundo y en la búsqueda de los bienes comunes.

- 2.** Para la racionalidad técnica, el ámbito del espíritu y la cultura queda limitado a una construcción lógica racional extrínseca. Sin embargo, la interioridad configura el ámbito de lo no científico, lo sentimental, lo místico, recordando, dice el profesor, un antiguo libro de Bertrand Russel, *Logic und mysticism*. “Terrorismo intelectual”, le llama; el neopositivismo quiere imponerlo en nombre de la ciencia actual, pero la ciencia actual no confirma el neopositivismo; tal puede constatarse en las palabras de Albert Einstein tomadas del prólogo de la obra de Max Plank *Adónde va la ciencia*³³. Expresan – decía al finalizar su conferencia- la primacía del interés que guía al científico cuando desde el interior de su alma busca descubrir el orden de lo real, como ocurre al devoto o al amante. “Su inspiración surge de un hambre del alma”, tal el elogio de Einstein.

Sobre esta realidad, SS. Benedicto XVI en *Caritas in Veritate*, Encíclica dada el 29 de junio de 2009, destaca que el desafío de la situación actual de globalización es que la interdependencia de los hombres y de los pueblos no se corresponde con la interacción ética de la conciencia y el intelecto, de la que pueda resultar un desarrollo humano integral. Este desarrollo es la vocación del hombre porque su naturaleza intelectual requiere y a la vez hace posible ir alcanzando su plenitud. Mas corresponde señalar que después de la ausencia de Dios y de la ausencia de una fundamentación metafísica, el núcleo del problema educativo actual está en la separación de la cultura respecto de la naturaleza humana y de sus fines; entonces, las culturas ya no saben encontrar su lugar en una naturaleza que las trasciende y reducen al hombre a un mero “dato científico” o a un mero “dato sociológico o cultural”.

- 3.** Finalmente, las ideas –visiones- de nuestro maestro, comunicadas con brillo, ejemplificadas en forma magistral, son

³³ Plank, Max, *Adónde va la ciencia*. Buenos Aires: Losada, 1941, p. 9 a 14

entrañables e inolvidables. Nos regaló sus intuiciones filosóficas, que recibíamos como principios de una sabiduría que nos comprometía, no como simples alumnos, sino como discípulos. Sabiduría metafísica y teológica que fundaba su concepción de Dios, del hombre, del mundo; en ella conjugaba el tiempo y la eternidad, el tiempo y el misterio. Su fortaleza y su templanza cultivadas en medio de esfuerzos y trabajos arduos, nos motivaban y siguen hoy en su figura, moviéndonos a buscar incansablemente la sabiduría y a cultivar las virtudes. Transmisión de fe y cultura, una de las más dignas actividades humanas en que consiste la educación.